

Teoría de Almafuerte

(En el Rep. Amer.)

Entre las obras que no he escrito ni escribiré (pero que de algún modo me justifican, siquiera misterioso y rudimental), hay una cuyo título creo es el de esta nota. Borradores de caligrafía pretérita prueban que ese libro irreal me visita desde 1932. Consta de unas cien páginas en octavo: imaginarle más es afantasmarlo indebidamente. Nadie debe dolerse de que no exista o de que sólo exista en el mundo inmóvil y atroz que forman los objetos posibles: el resumen que ahora trazaré puede equivaler al recuerdo que deja un libro extenso. Además, le conviene singularmente su condición de libro no escrito; el tema examinado es menos la letra que el espíritu de un autor, menos la notación que la connotación de una obra. A la teoría general de Almafuerte precede una conjetura particular sobre Pedro Bonifacio Palacios. La teoría (me apresuro a afirmarlo) puede prescindir de esa conjetura...

Nadie ignora que Palacios fue un hombre casto; es lícito inferir que esa castidad no era voluntaria. El tema fisiológico es siempre ingrato; prefiero remitir a mis lectores a la obra polémica de Bonastre ("Almafuerte", XII, 1920) y a la debilísima refutación ("Almafuerte y Zoilo", página 25, 1920) que vanamente balbuceó Antonio Herrero.

El testimonio de Almafuerte es más válido que cualquier discusión: lo prestan con terrible claridad las décimas tituladas "En el abismo", que son el primer poema que redactó. Copio las últimas:

*Yo soy de tal condición
que me habrás de maldecir,
porque tendrás que vivir
en eterna humillación.
Soy el alma, la visión,
el hermano de Luzbel,
que, impotente como él,
como el blasfema y grita.
¡Sobre mi testa gravita
la maldición del laurel!*

*Yo soy un palmar plantado
sobre cal y pedregullo:
la floración del orgullo,
del orgullo sublimado.
Soy un esposo lanzado
tras la procesión astral;
vil chorlo del pajonul
que al par del águila vuela...
¡Sombra de sombra que anhela
ser una sombra inmortal!*

*Yo, cada vez que me río,
pienso que ríe algún otro,
y cual si domase un potro
no me trato como a mío.
Soy la expresión del vacío,
de lo infecundo y lo yerto,
como ese polvo desierto
donde toda hierba muere...
¡Yo soy un muerto que quiere
que no lo tengan por muerto!*

Harto más importante que la desdicha que las estrofas anteriores declaran es la aceptación plenaria de esa desdicha. Otros—Boileau, Swift, Kropotkin, Ruskin, Carlyle—han padecido como Pedro Palacios; nadie ha concebido como él una doctrina general de la frustración, una vindicación y una mística. He denunciado la soledad central de Almafuerte. Este (acaso para no suicidarse) llegó a la certidumbre de que el fracaso no era un estigma suyo, sino el destino substancial o final de todos los hombres. Escribió (Herrero: "Almafuerte y su obra", 1918): "La felicidad humana no ha entrado en los designios de Dios" y "No pidas más que justicia, pero mejor es que no pidas nada" y "Menosprecia todo, porque todo tiene conciencia de su condición menospreciable". El puro pesimismo de Almafuerte excede los límites del Eclesiastés y de Marco Aurelio: éstos vilipendian el mundo, pero alaban y admiran al hombre justo, al que se identifica con Dios. No así Almafuerte, para quien la virtud es un azar de las fuerzas universales.

*Yo repudí al feliz, al potentado,
al honesto, al armónico y al fuerte...
¡Porque pensé que les tocó la suerte,
como a cualquier tabur afortunado!*

dejó escrito en "El misionero".

Spinoza condenó el arrepentimiento; Almafuerte, el perdón. Lo condenó por lo que hay en él de pedantería, de condescendencia altanera, de Juicio Final ejercido por un hombre sobre otro.

*Cuando el hijo de Dios, el Inefable,
perdonó desde el Gólgota al perverso...
¡puso, sobre la faz del Universo,
la más horrible injusticia imaginable!*

dice uno de los cantos de "El misionero". Aun más claro es el último:

*...No soy el Cristo-Dios, que te perdona.
¡Soy un Cristo mejor: soy el que te ama!*

Almafuerte, para compadecer enteramente, hubiera querido ser tan oscuro como el ciego, tan inútil como el tullido y—¿por qué no?—tan infame como el infame.

Almafuerte creyó que la frustración es lo fundamental, lo central, del destino humano. Cuanto más abatido un hombre, más admirable; cuanto más invisible, más claro; cuanto más ruin, más alto. Así pudo escribir en "El misionero":

*Yo veneré, genial de servilismo,
en aquel que por fin cayó del todo,
la cruz irredimible de su lodo,
la noche inalumbrable de su abismo.*

En otros versos de ese extraño poema dice del asesino:

*¿Dónde oculta sus pálpitos de lobo?
¿dónde esgrime su trágica energía?
¡para ponerme yo como vigía
mientras urde su crimen y su robo!*

De la composición "Dios te salve" (que de algún modo prefigura la misma idea), básteme transcribir los versos finales:

*Al que sufre noche y día
—y en la noche hasta durmiendo
la noción de sus miserias,
la gran cruz de su pasión:
yo le agacho mi cabeza, yo le doblo mis rodillas,
yo le beso las dos plantas, yo le digo: ¡Dios te salve,
Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
vaso infame del Dolor!*

Almafuerte debió desempeñarse en una época adversa. En el Asia Menor o en Alejandría hubiera sido un gnóstico, un tejedor de dioses subalternos y de letras numéricas; en plena barbarie, un Antonio Conselheiro (1), un Mahoma; en plena civilización, un Büttler o un Nietzsche. El destino le deparó los suburbios de la provincia de Buenos Aires; lo redujo a los años 1854-1917; lo rodeó de tierra, de polvo, de callejones, de ranchos de madera, de comités de compadritos ni siquiera iletrados. Su labor fue contradictoria, parcial. Honradamente creyó que la felicidad no es deseable. Su pensamiento acecha en los rincones de su obra; por ejemplo, en esta evangélica: "El estado perfecto del hombre es un estado de ansiedad, de anhelación, de tristeza infinita".

Federico de Onís ("Antología de la poesía española e hispanoamericana", 1934) ha repetido que el ideario de Almafuerte es vulgar. Estas notas quieren insinuar lo contrario. Más de un poeta argentino es igual o superior a Almafuerte; muchos rigen una retórica no menos espléndida que la suya y hasta más lúcida; ninguno es más complejo intelectualmente; ninguno es un renovador de los problemas de la ética.

JORGE LUIS BORGES

Mar de Plata, febrero de 1942.

(1) Euclides da Cunha ("Os sertões", 1902) narra que para Conselheiro, profeta de los "sertanejos" del Norte, la virtud "era un reflejo superior de la vanidad, una casi impiedad". Almafuerte hubiera compartido ese parecer. En la víspera de una desesperada batalla, T. E. Lawrence ("Seven Pillars of Wisdom", LXXIV) predicó a la tribu de los serghin una vindicación de la derrota y del fracaso, idéntica a la premeditada por Almafuerte.

